

SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD (B)
Homilía del P. Carles M. Gri, monje de Montserrat
27 de mayo de 2018
Dt 4,32-34.39-40 / Rm 8,14-17 / Mt 28,16-20

Queridos hermanos y hermanas: la razón humana, por sí misma, no puede llegar a conocer el misterio de la vida íntima de Dios. El Libro de la Sabiduría, San Pablo en la carta a los Romanos; el Concilio Vaticano primero, confirmado por el Concilio Vaticano segundo y por el Catecismo de la Iglesia Católica afirman con claridad que el hombre tiene capacidad para conocer a partir de la creación la existencia de un Dios Uno, Creador de todo lo que existe, y precisar algunos de sus atributos más sublimes: inmensidad, eternidad, simplicidad e infinita perfección. Pero nunca el hombre hubiera llegado a sospechar, y aún menos a descubrir, el menor vestigio de la vida íntima de Dios. Sólo por revelación divina podrá entrever este abismo sin fondo ni orillas.

La revelación es un hecho. Dios ha hablado al hombre, pero de una manera gradual y progresiva. En el Antiguo Testamento aparece con claridad como Creador del universo y supremo Legislador de la humanidad, sin embargo, el misterio de su vida íntima permanece todavía oculto. Solo cuando, llegada la plenitud de los tiempos, Dios dejó de hablarnos a través de los profetas y envió al mundo a su Hijo en forma humana, fue desvelado el misterio y el hombre contempló atónito la realidad inefable de la divina fecundidad.

En efecto: la luz más clara de este misterio brilla en la vida y en la doctrina de Cristo, Verbo, Palabra y Pensamiento del Padre que se ha hecho carne en nuestra historia de hombres y mujeres que peregrinamos por los caminos del tiempo y de la finitud en ruta hacia la eternidad.

Cristo, en efecto, ha empezado a llamar a Dios con la palabra entrañable - infantil, si se quiere- de *Abba*, que puede ser traducida por: padre, papá. Esta expresión es el signo de un conocimiento, de una confianza, de una ternura hacia Dios desconocida hasta entonces. Esta palabra, junto con las categóricas afirmaciones de Jesús sobre su unidad e identidad con Dios-Padre, nos descubren la existencia de la relación Padre-Hijo en el seno escondido del Dios vivo.

Pero Cristo no nos habla solamente del Padre, Cristo nos promete y nos envía su Espíritu. Nos lo da, como acabamos de constatar en Pentecostés, como el don supremo, como aquel que nos ha de conducir a la verdad completa y ser, al mismo tiempo, el alma y el apoyo de toda la Iglesia. En último término el Espíritu es el amor recíproco que une en eterno diálogo al Padre y al Hijo y a nosotros mismos en ellos. Es por ello que en el bautismo somos sumergidos, consagrados, en el misterio trinitario del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, como dice Jesús en el Evangelio de San Mateo: Id a todas las gentes, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado (Mt 28, 19-20).

Así, pues, el verdadero Dios no es soledad sino alteridad, no es mutismo estéril sino diálogo fecundo. El destino del hombre, el destino, por tanto, de todos y de cada uno de nosotros, es configurarnos a Cristo para participar en él en este eterno diálogo de verdad, de amor y de vida. Toda nuestra existencia debe ser sellada por esta vivencia del misterio trinitario. En todas partes, pero en particular en nuestro país por las circunstancias de todos conocidas, debemos encarnar el diálogo eterno de luz y de amor con obras concretas que enciendan en el corazón de todos los hombres y mujeres lucidez y diálogo; "paz y tregua"; reconciliación verdadera: donde no haya ni vencedores ni vencidos; ¡solamente HERMANOS que se quieren y se dan las manos!
¡Que así sea!